

I. PASIÓN, INTIMIDAD E IDENTIDAD

A. Conocimiento e intimidad

1. Nuestro amor y pasión por Jesús debe estar arraigado en la verdad de quién es Él, como se revela en las Escrituras por medio del Espíritu Santo. Cualquier “pasión” que no está totalmente anclado en Su identidad será un celo fugaz y un sentimiento hueco.
2. En otras palabras, la intimidad debe estar basada en el conocimiento de quién es Jesús. Es el combustible para el amor y la relación. Somos más íntimos con los que conocemos en los niveles más profundos.

B. Aplicación a la vida de Cristo

1. Estas verdades simples y fundamentales requieren que una gran parte de nuestra relación con Jesús y nuestro celo por Él se base en el relato inspirado de Su vida.
2. Si nuestra pasión es por una Persona, lo más natural sería devorar todos los detalles de Su vida a nuestra disposición. El amor exige la entrada en cada cámara, incluso a lo más pequeño, para que pueda descubrir más sobre el objeto de Su afecto.

C. La crisis de la ignorancia

1. Cada vez es más común para las personas en esta generación saber muy poco sobre la vida de Jesús. Sin embargo, se llaman seguidores de Él sin ver ninguna contradicción. El cristianismo es cada vez más definido por la creencia en fórmulas muy básicas de verdad, la participación en las actividades, y la lealtad a los problemas en lugar de una preocupación piadosa con Cristo mismo.
2. Con sobriedad debemos hacer preguntas difíciles acerca de en qué se basa nuestra “relación” con Jesús y considerar la posibilidad de que a menudo somos culpables de estar más enamorados de la idea de Cristo que con Jesús mismo. ¿Cómo podemos relacionarnos con Jesús en la autenticidad si tenemos poco respeto por la historia de su vida - su pasado, su familia, sus amigos, a dónde fue y qué hizo?

II. CAMBIANDO NUESTRA PERSPECTIVA: EL ENCUENTRO CON DIOS EN LA CARNE

La razón por la que los evangelios son rara vez usados como centro de enfoque no es un misterio - es porque simplemente no estamos tan interesados en su vida. Por lo tanto, el asunto es: ¿cómo cambiamos nuestra perspectiva para que Su vida sea un tesoro precioso para nosotros? Una parte de la respuesta es ir a la historia de su vida con una conciencia dinámica de la divinidad de Aquel en las páginas. Los Evangelios nos llaman para ver a Jesús de esta manera.

A. El ministerio de Juan el Bautista y la venida de YHWH (Mt. 3:1-12, Mc. 1:1-8, Lc. 3:1-17, Jn. 1:23)

B. La autoconciencia de Jesús

Una cosa es leer a Pablo afirmando la divinidad de Jesús, pero hay algo aún más penetrante en el corazón cuando escuchamos al mismo Jesús hablar de las gloriosas alturas de su deidad. Somos atraídos al misterio de su propia conciencia, donde lo que es incomprendible para nosotros está espléndidamente lúcido (Mt. 22:41-46).

1. Solo Dios perdona el pecado (Mt. 9:2-8; Mc. 2:1-12; Lc. 5:17-26)
2. La soberanía sobre Su creación (Mt. 8:26-27; Jn. 6:18-21; Mt. 14:9; Mt. 17:24-27; Jn. 2:11)
3. El Hombre del cielo (Jn. 6:32-33, 38, 50-51,58,62; Jn. 8:14,23; Jn. 13:3)
4. Uno más grande que el Templo (Jn. 2:16-22; Mt. 12:3-7; Mc. 15:37-39)
5. Antes de Abraham (Jn. 8:24, 8:58; Jn. 17:5,24)

III. GLORIA DE DIOS EN EL ROSTRO DE CRISTO

⁹ Porque toda la plenitud de la Deidad reside corporalmente en Él... (Col. 2:9)

A. La plenitud de la revelación

El resultado de la identidad única de Jesús es que Él es la plenitud de la revelación divina. Sólo en Cristo podemos encontrar las respuestas definitivas a las preguntas de “¿quién es Dios?” y “¿Cómo es Él?” La encarnación es definitiva auto-revelación de Dios, puesta en marcha mediante una vida perfecta, sin pecado humano que no tendrá fin.

1. Palabra

¹ En el principio existía el Verbo, y el Verbo estaba con Dios, y el Verbo era Dios. ² Él estaba en el principio con Dios... Y el Verbo se hizo carne, y habitó entre nosotros, y vimos su gloria, gloria como del unigénito del Padre, lleno de gracia y de verdad. (Jn. 1:1-2,14)

2. Sabiduría

² para que sean alentados sus corazones, y unidos en amor, alcancen todas las riquezas que proceden de una plena seguridad de comprensión, resultando en un verdadero conocimiento del misterio de Dios, es decir, de Cristo, ³ en quien están escondidos todos los tesoros de la sabiduría y del conocimiento. (Col. 2:2-3)

3. Luz

⁶ Pues Dios, que dijo que de las tinieblas resplandeciera la luz, es el que ha resplandecido en nuestros corazones, para iluminación del conocimiento de la gloria de Dios en la faz de Cristo. (2 Co. 4:6)

B. Implicaciones

1. Si deseamos crecer en el conocimiento y amor de Dios, debemos hacerlo fijando nuestra atención y afecto en el rostro de Cristo y no sólo mencionando su nombre en nuestra retórica.
2. Jesús a menudo se considera simplemente como el trampolín necesario para ascender en el conocimiento del Padre o encuentros con el Espíritu Santo. Después de haber recibido el perdón, sutilmente lo marginamos a favor de una serie de otros temas, causas y experiencias. (Jn. 14:8-10)

3. Muchos son sinceros, pero mal dirigidos en su búsqueda por Dios. A menos que Jesús sea el centro de enfoque, todos los movimientos hacia la voluntad divina terminan al menos en frustración si no, en confusión. Nosotros simplemente no tenemos la libertad para eludir el designio de Dios y decidir la adopción de una versión del cristianismo sin la persona de Cristo en el punto de enfoque.

IV. LA ÚNICA COSA NECESARIA

Todo esto lleva a la conclusión de que la única cosa necesaria en nuestras vidas es mirar a Jesús (Sal. 27:4, 9) y escuchar sus palabras. En los evangelios nos encontramos con un banquete que el Señor puso delante de nosotros. Con cada latido del corazón de Jesús de Nazaret, la plenitud de la Deidad fue demostrada mediante la humanidad que había optado por adherirse sin reservas.

A. Escuchadle

1. El monte de la transfiguración (Mt. 17:1-8, Mc. 9:1-8, Lc. 9:28-36, 2 P. 1:16-18)
2. María de Betania (Lc. 10:38-42; Mc. 14:3-9, Mt. 26:6-13, Jn. 12:1-8)

B. Meditando en la vida de Cristo

Comenzando con Sus preciosas palabras, debemos hacer la vida entera de Jesús un objeto de nuestra adoración. Al unirse a Sí Mismo a la historia humana, Jesús nos ha invitado a sumergirnos en su historia. Para reflexionar, musa, escuchar y mirar es lo que la Biblia llama meditación, y mediante la participación en esta antigua práctica nos acercamos hasta que nuestros oídos escuchan su voz, nuestros ojos miran su forma, y nuestras manos tocan su piel (1 Jn. 1:1-3)